

lo que se le mandaba, y que solo temia que el cuento no habia de ser tal, que les diese el gusto que él deseaba; pero que, con todo eso, por no faltar en obedecelle, le contaria. El cura y todos los demás se lo agradecieron, y de nuevo se lo rogaron; y él, viéndose rogar de tantos, dijo que no eran menester ruegos adonde el mandar tenia tanta fuerza; "y así, estén vuestras mercedes atentos, y oirán un discurso verdadero, á quien podria ser que no llegasen los mentirosos que, con curioso y pensado artificio, suelen componerse." Con esto que dijo, hizo que todos se acomodasen, y le prestasen un grande silencio; y él, viendo que ya callaban, y esperaban lo que decir quisiese, con voz agradable y reposada, comenzó á decir desta manera:

CAPÍTULO XXXIX.

Donde el cautivo cuenta su vida y sucesos.

"EN un lugar de las montañas de Leon tuvo principio mi linaje, con quien fué mas agradecida y liberal la naturaleza que la fortuna, aunque, en la estrechez de aquellos pueblos, todavía alcanzaba mi padre fama de rico, y verdaderamente lo fuera, si así se diera maña á conservar su hacienda como se la daba en gastalla. Y la condicion que tenia de ser liberal y gastador, le procedió de haber sido soldado los años de su juventud; que es escuela, la soldadesca, donde el mezquino se hace franco, y el franco pródigo; y, si algunos soldados se hallan miserables, son como mónstruos, que se ven raras veces. Pasaba mi padre los términos de la liberalidad, y rayaba en los de ser pródigo, cosa que no le es de ningun provecho al hombre casado y que tiene hijos que le han de suceder en el nombre y en el sér. Los que mi padre tenia, eran tres, todos varones, y todos de edad de poder elegir estado. Viendo, pues, mi padre que, segun él decia, no podia irse á la mano contra su condicion, quiso privarse del instrumento y causa que le hacia gastador y dadivoso, que fué privarse de la hacienda, sin la cual el mismo Alejandro pareciera estrecho; y así, llamándonos un dia á todos tres, á solas en un aposento, nos dijo unas razones semejantes á las que ahora diré: Hijos, para deciros que os quiero bien, basta saber y decir que sois mis hijos; y, para entender que os quiero mal, basta saber que no me voy á la mano en lo que toca á conservar vuestra hacienda: pues, para que entendais desde aquí adelante que os quiero como padre, y que no os quiero destruir como padraastro, quiero hacer una cosa

con vosotros, que há muchos dias que la tengo pensada y con madura consideracion dispuesta. Vosotros estais ya en edad de tomar estado, ó, á lo menos, de elegir ejercicio tal, que, cuando mayores, os honre y aproveche; y lo que he pensado es, hacer de mi hacienda cuatro partes: las tres os daré á vosotros, á cada uno lo que le tocare, sin exceder en cosa alguna, y con la otra me quedaré yo, para vivir y sustentarme los dias que el cielo fuere servido de darme de vida; pero querría que, despues que cada uno tuviese en su poder la parte que le toca de su hacienda, siguiese uno de los caminos que le diré. Hay un refran en nuestra España, á mi parecer muy verdadero, como todos lo son, por ser sentencias breves sacadas de la luenga y discreta experiencia, y, el que yo digo, dice: *Iglesia, ó mar, ó casa real*; como si mas claramente dijera: quien quisiere valer y ser rico, siga, ó la Iglesia, ó navegue ejercitando el arte de la mercancia, ó entre á servir á los reyes en sus casas, porque dicen: *mas vale migaja de rey, que merced de señor*. Digo esto, porque querría, y es mi voluntad, que uno de vosotros siguiese las letras, el otro la mercancia, y el otro sirviese al Rey en la guerra, pues es dificultoso entrar á servirle en su casa; que, ya que la guerra no dé muchas riquezas, suele dar mucho valor y mucha fama. Dentro de ocho dias os daré toda vuestra parte en dineros, sin defraudaros en un ardite, como lo vereis por la obra. Decidme ahora, si quereis seguir mi parecer y consejo en lo que os he propuesto: y mandándome á mí, por ser el mayor, que respondiese, despues de haberle dicho que no se deshiciese de la hacienda, sino que gastase todo lo que fuese su voluntad, que nosotros éramos mozos para saber ganarla, vine á concluir en que cumpliría su gusto, y que el mio era seguir el ejercicio de las armas, sirviendo en él á Dios y á mi Rey. El segundo hermano hizo los mismos ofrecimientos, y escogió el irse á las Indias, llevando empleada la hacienda que le cupiese. El menor, y, á lo que yo creo, el mas discreto, dijo que queria seguir la Iglesia, ó irse á acabar sus comenzados estudios á Salamanca. Así como acabamos de concordarnos y escoger nuestros ejercicios, mi padre nos abrazó á todos, y, con la brevedad que dijo, puso por obra cuanto nos habia prometido; y, dando á cada uno su parte, que, á lo que se me acuerda, fueron cada tres mil ducados en dineros, porque un nuestro tío compró toda la hacienda, y la pagó de contado, por que no saliese del tronco de la casa, en un mismo dia nos despedimos todos tres de nuestro buen padre, y en aquel mismo, pareciéndome á mí ser inhumanidad que mi padre quedase viejo y con tan poca hacienda, hice con él que, de mis tres mil, tomase los dos mil ducados, porque á mí me bastaba el resto para acomodarme de lo que habia menester un soldado. Mis dos hermanos, movidos de mi ejemplo, cada uno le dió mil ducados, de modo, que á mi padre le quedaron cuatro mil ducados en dineros, y mas tres mil que, á lo que parece, valia la hacienda que le cupo, que no quiso vender, sino quedarse con ella en raices. Digo, en fin, que nos despedimos dél y de aquel nuestro tío que he dicho, no sin mucho sentimiento y lágrimas de

todos, encargándonos que les hiciésemos saber, todas las veces que hubiese comodidad para ello, de nuestros sucesos, prósperos ó adversos. Prometimoselo, y, abrazándonos y echándonos su bendicion, el uno tomó el viaje de Salamanca, el otro de Sevilla, y yo el de Alicante, adonde tuve nuevas que habia una nave ginovesa que cargaba allí lana para Génova. Este hará veinte y dos años que salí de casa de mi padre, y en todos ellos, puesto que he escrito algunas cartas, no he sabido dél ni de mis hermanos nueva alguna; y, lo que en este discurso de tiempo he pasado, lo diré brevemente. Embarquéme en Alicante; llegué con próspero viaje á Génova; fui desde allí á Milan, donde me acomodé de armas y de algunas galas de soldado, de donde quise ir á asentar mi plaza al Piamonte; y, estando ya de camino para Alejandria de la Palla, tuve nuevas que el gran duque de Alba pasaba á Flandes. Mudé propósito; fuíme con él; servile en las jornadas que hizo; halléme en la muerte de los condes de Eguemon y de Hornos; alcancé á ser alférez de un famoso capitán de Guadalajara, llamado Diego de Urbina, y, á cabo de algun tiempo que llegué á Flandes, se tuvo nuevas de la liga que la Santidad del Papa Pio V, de felice recordacion, habia hecho con Venecia y con España contra el enemigo comun, que es el turco, el cual, en aquel mismo tiempo, habia ganado con su armada la famosa isla de Chipre, que estaba debajo del dominio de venecianos: pérdida lamentable y desdichada. Súpose cierto que venia por general desta liga el Serenísimo Don Juan de Austria, hermano natural de nuestro buen rey Don Felipe: divulgóse el grandísimo aparato de guerra que se hacia, todo lo cual me incitó y conmovió el ánimo y el deseo de verme en la jornada que se esperaba; y, aunque tenia barruntos y casi promesas ciertas de que, en la primera ocasion que se ofreciese, seria promovido á capitán, lo quise dejar todo y venirme, como me vine, á Italia; y quiso mi buena suerte, que el señor Don Juan de Austria acababa de llegar á Génova, que pasaba á Nápoles á juntarse con la armada de Venecia, como despues lo hizo en Mecina. Digo, en fin, que yo me hallé en aquella felicísima jornada ya hecho capitán de infantería, á cuyo honroso cargo me subió mi buena suerte mas que mis merecimientos; y aquel dia, que fué para la cristiandad tan dichoso, porque en él se desengañó el mundo y todas las naciones del error en que estaban, creyendo que los turcos eran invencibles por la mar, en aquel dia, digo, donde quedó el orgullo y soberbia otomana quebrantada, entre tantos venturosos como allí hubo (porque mas ventura tuvieron los cristianos que allí murieron que los que vivos y vencedores quedaron), yo solo fui el desdichado, pues, en cambio de que pudiera esperar, si fuera en los romanos siglos, alguna naval corona, me ví aquella noche que siguió á tan famoso dia con cadenas á los piés y esposas á las manos, y fué desta suerte: que habiendo El Uchalí, rey de Argel, atrevido y venturoso cosario, embestido y rendido la capitana de Malta, que solos tres caballeros quedaron vivos en ella, y estos mal heridos, acudió la capitana de Juan Andrea á socorrerla, en la cual yo iba con mi compañía; y,